



*Un canalla
en mi cama*

Sarah Sanders

Un canalla en mi cama

Sarah Sanders

Capítulo 1

Está nerviosa. Esa tarde ha mandado un mensaje por whatsapp al grupo de las *Damas*. "Necesito reunión de urgencia". Los nervios le han hecho llegar la primera al bar de siempre. Se enteró por casualidad en la cena de Navidad, era un secreto, pero su madre no solo no es discreta sino que además utiliza las supuestas bondades de Irene para, como ella dice "hacerle reaccionar y ser mejor en la vida". Lleva dos días dándole vueltas al asunto.

Carlos, el camarero, le trae la cerveza que ha pedido.

—¿Hoy no vienen las *Damas*? —Carolina le sonrío con cariño. Las conoce desde que iban juntas al colegio y ha sido testigo de mil y una historias. Hasta del nacimiento del nombre del grupo en una tarde de finales de febrero, cuando no había nada que celebrar y decidieron poner un nombre al grupo de amigas y elegir ese día como "El día de las *Damas*". Eso fue en primero de universidad y, desde entonces, iba ya para diez años, se reunían para celebrar tan feliz idea.

—Sí —mira su reloj—, estarán a punto de llegar.

—¡Hola! —Macarena entra con su eterna sonrisa seguida de Sonia, que pide en el mismo tono elevado de Macarena: ¡Dos cervezas más!

—¡Marchando! —responde Carlos—. Solo falta una *Dama*.

—La de siempre —dicen a la vez las dos últimas en llegar—.

—¿Ya os estáis metiendo conmigo? —Maite abre la puerta mientras se desenrosca la bufanda del cuello y se desabrocha el abrigo—. Si el mensaje pone "urgente", ya sabéis que procuro ser puntual.

—Bueno es saberlo —murmura Sonia.

—Me he expresado mal —rectifica Maite—. Me esfuerzo cuando es Carolina la que pone la palabra mágica.

Las cuatro están sentadas en su mesa de siempre, con sus cuatro botellines y un cuenco de palomitas.

—No tendrías que esforzarte si en lugar de empezar a arreglarte a la hora que hemos quedado, calcularas hacerlo media hora antes —Macarena choca su cerveza con la de Maite.

—Bla, bla, bla —responde esta última y moviendo su cabeza de un lado a otro pregunta—. ¿Alguna novedad? Porque lo de meterse conmigo por mi falta de puntualidad no lo es... Deberíais empezar a superarlo. En serio.

Carolina las observa discutir con una ligera sonrisa dibujada en su rostro escondida tras el cuello de su botellín de cerveza. Adora a sus amigas. Con ellas se siente parte de algo, segura, protegida. Son la familia que ha ido construyendo a lo largo de su vida, y no la que le ha tocado en suerte.

Las cuatro son muy diferentes: siempre se puede contar con Maite, aunque hay que asimilar que ese "siempre" llegará probablemente con unos treinta o cuarenta minutos de retraso. Es la que más cuida la flor de la amistad; su teléfono, su tiempo y su puerta están abiertas en cualquier momento para celebrar, o para reflexionar sobre cualquier problema. Es un verdadero imán para los hombres y le gusta picotear. Tiene un carisma que se deja notar en cada habitación, bar o evento al que acude. Todo el mundo reacciona ante su presencia cuando llega, y deja lo que está haciendo con la sola recompensa de poder cruzarse con su mirada.

Sonia es el alma de la fiesta. Es divertida, capaz de animar un funeral y jamás les deja irse a casa en el primer intento, ni en el segundo. Cuando empezaron a salir juntas por la noche, Carolina tuvo la tentación de pensar que era un vampiro ya que apenas la veía dormir los fines de semana. Jamás ha probado las drogas y dejó el tabaco —negro— hace un par de años. Lo suyo se aguanta con energía positiva interior. A cambio, si no llena todos y cada uno de los minutos de su vida realizando alguna actividad, sus protestas son igual de energéticas. Tiene un carácter fuerte, tanto como su belleza. Es morena y tiene los ojos de un azul tan intenso como el del mar en un día de tormenta, que dejan embrujados a todos aquellos que la miran. Hombres, mujeres, niños... hasta las monjas del colegio le tenían un cariño loco, y eso que repitió curso hasta tres veces. Sin embargo, ella, parece no darse cuenta.

Macarena es rubia. Es guapa, pero no espectacular. Tiene un cuerpo fibrado, pero no tan proporcio-

nado y perfecto como para ser modelo. Lo más característico de Macarena es su sonrisa siempre a punto, siempre franca y la primera broma siempre va para ella misma. Sus padres emigraron del sur y nació ya en Cataluña. Está encantada con su nombre porque como sus amigas lo acortan todo, a ella la llaman "Maca", que en catalán quiere decir "bonita" y solo eso ya le hace hacer mil chistes sobre sí misma. Es la que tiene la carcajada más fácil y se agradece porque encima es de esas que son contagiosas. Por su culpa, en más de una ocasión las habían expulsado de misa en el colegio hasta que las monjas decidieron que cuando tocara ir a la capilla, las colocarían en las cuatro esquinas más alejadas dentro del recinto sagrado. Pero de eso hace ya muchos años.

Carolina es la cuarta pieza que completa el puzle que, para ser perfecto, necesita de una componente más serena. Es tímida, cariñosa y generosa. No hay nada que la haga resaltar especialmente: no es la más guapa, ni la más simpática, ni la que tiene más carisma, ni la más divertida, pero tiene una gran cosa a su favor: es la más equilibrada. Si pone de su parte, puede sobresalir en cualquiera de los aspectos antes señalados, siempre y cuando no entre en competición con ninguna de sus amigas. En realidad Carolina es la compañera con la que se puede hablar de cualquier cosa y arreglarla; es la "dama" a la que suelen, o solían, acudir los chicos cuando querían información sobre alguna de sus amigas para empezar a tantear el terreno. No porque sea la más chismosa, sino porque las otras los espantaban. Es raro que Carolina tenga un problema; o no tiene o, cuando algo

la inquieta, lo cuenta una vez solucionado. Por eso es insólito que haya mandado una petición de ayuda en el whatsapp del grupo e incluso haya puesto que es urgente.

—Bueno, ¿de qué se trata? —Maite empieza el interrogatorio—. Nos has preocupado un poco.

—Buf, no sé por dónde empezar. Me da cierto apuro...

—Pues empezamos con otra ronda de cerveza, que así las cosas se ven más ligeras —la interrumpe Sonia que hace un gesto en redondo con la mano mientras llama al camarero—. ¡Carlos, nos tienes secas!

—No des muchos rodeos, por favor —Macarena tampoco se caracteriza por su paciencia—. Ves al grano, como cuando tú estás de confesora y cualquiera de nosotras de pecadora.

Carolina levanta la mirada y la clava en Macarena. Después la pasa una a una sobra cada amiga. Toma aire, lo suelta despacio y por fin abre la boca.

—Necesito un hombre —dice bajito.

—¿Qué? —pregunta Sonia que, acostumbrada a su elevado tono de voz apenas oye nada si no se habla cien decibelios por encima de lo normal— ¿que necesitas un sobre? ¿para qué?

—¡Un hombre! —fuerza Carolina el susurro para elevarlo con voz ronca; pero ante la cara de incompreensión de Sonia acaba gritando— ¡Que necesito un hombre y lo necesito ya!

—¿No será que tienes "el xoxito revenío"? —pregunta Macarena dejando aflorar su ramalazo andaluz.

—¡Maca! —la reprende Maite por su vulgaridad, aunque no puede esconder que se eleven las comisuras de sus labios.

En ese momento se oye un estrépito a menos de un metro. Uno de los botellines que les traía Carlos se le ha resbalado de la mano y ha caído escandalosamente al suelo. Macarena lo mira y estalla en carcajadas que rápidamente se contagian a todas sus amigas. Carlos se pone del color del carmín de los labios de Maite y Carolina no puede más que negar con la cabeza mientras le acompaña en su sonrojo.

—¿Ves? —le dice Macarena a Sonia por lo bajinis—. Carolina nos ha "cachifollado" la mente a todos y aún gracias que solo se ha caído una botella, que podría haber sido la bandeja entera que llevaba en la otra mano.

—¿Yo no te sirvo? —le pregunta Carlos intentando recomponer un poco su dignidad con una broma cariñosa.

—No te ofendas, pero eres demasiado mayor para lo que necesito. Además, estás casado y no creo que tu mujer te dejara venir un fin de semana conmigo.

—¡Uy! Un fin de semana completo, imposible. Tendríamos que llevárnosla también a ella —dice con una mueca de fastidio divertido.

—¿Cómo que un fin de semana? —pregunta Sonia— ¿Te vas a una fiesta y no nos has dicho nada?

—Sonia —interviene Maite en tono cortante—, no estás obligada a asistir a todas las fiestas que se celebren en el país. Además, lo importante es lo del párrafo anterior.

Se gira clavando sus pequeños ojos en Carolina.

—¿Qué quieres decir con que necesitas un hombre?

—Ayer me enteré de que mi prima Irene va a anunciar su compromiso con Willy el próximo 27 de enero, en la fiesta de cumpleaños de mi abuelo.

—¿Tu prima Irene es la estúpida? —pregunta Macarena— ¿La que lleva años haciéndote la vida imposible?

—Justo esa —responde Carolina cabizbaja.

Maite la mira y al final resuelve decirle una verdad que sabe que no le va a gustar.

—Lo creas o no, esto estaba cantado. Llevan saliendo cuánto ¿tres años? Estaba claro que al final, o se casaban, o lo dejaban. Tú siempre has esperado que lo dejaran, pero se ha dado la otra posibilidad. Y ya está. No tiene por qué afectarte.

—¡Pues me afecta! —se enfada Carolina y a medida que va hablando va elevando el tono de voz—. ¿Por qué me tiene que quitar al chico del que llevo toda la vida enamorada? Esa bruja no se merece a Willy. Le va a hacer infeliz el resto de su vida. Lo trata

como si fuera su esclavo "churri, aquí", "churri, allá", "churri, me apetece un batido detox, acércate un momentito a la frutería a comprarme esto"... y churri pierde el culo por ir y cumplir sus deseos. Lo ha anulado.

—Sí que le afecta sí —comenta Macarena alucinada—. Chiquilla, nunca te había visto tan quejica.

Carolina se vuelve a sonrojar.

—Es que estoy muy nerviosa. Llevan saliendo juntos tres años, desde que se fueron a vivir a Londres. Y no he visto a Willy desde entonces. No me apetece encontrarme con una Irene exultante que me resriegue que se va a casar con Willy, sabiendo que es mi amor platónico de toda la vida y verlo a él, sin poder rescatarlo de las garras de la bruja.

—A ver, a ver. Pongamos un poquito de sentido común —la corta Maite—. Si él está entre sus garras, es porque debe de estar a gusto ahí. Si se siente confortable haciendo de esclavo, como dices tú, es porque es tonto. Si sufre de idiotez, créeme, este tío no te haría feliz. Resumiendo: alégrate de que ese gilipollas esté con la estúpida de tu prima Irene, y ¡que les vaya bonito!

—¡No entendéis nada, o qué? —la prima de Irene está con los ojos demasiado brillantes— necesito aparecer en la fiesta de mi abuelo con un novio. Si es guapo mejor, pero tiene que parecer que me adora. Así mi prima no me soltará ninguna puyita cruel y no me desharé en lágrimas cuando vea que Willy la besa.

Las otras tres amigas se miran unas a otras, obviándola y se entienden solo con la mirada. Al observarla, ya fuera de bromas, se dan cuenta de que es algo serio. Carolina nunca se comporta así. Nunca pierde los nervios. Ella es la que siempre ve soluciones y ningún problema se le hace cuesta arriba.

—¡Mierda! Es que estoy harta —Carolina interrumpe con sus palabras el cruce de miradas—. Por mi maldita timidez he dejado escapar al hombre del que llevo toda la vida enamorada. Soy débil. Me frustra parecer siempre la niña insípida, que otorga con su silencio, que calla y traga sus quejas o sus deseos, por miedo a no gustar. Porque me da pánico ser rechazada. No quiero aparecer en esa fiesta familiar como la vencida; porque toda mi familia intuye que toda la vida he seguido la sombra de Willy como un perrito. Cada verano que pasaba en casa, invitado por el hermano de Irene adaptaba todas mis tareas para poder verlo. Hasta mis padres, a veces, me hacían bromas para que lo dejara respirar. Ya sé que nunca le tendré a él, pero me niego a aparecer sola. Buscaré a alguien, encontraré a una persona que me llene como él lo ha hecho todos estos años. Alguien que me haga olvidar lo mucho que le he querido. El espacio que ha ocupado en tantas noches de sueños desde que soy niña. Pero no me da tiempo a hacerlo antes de la fiesta. Tengo menos de un mes. Lo que necesito ahora es un sustituto. Que no vean que me duele lo que me tenía preparado el destino. Además, seguro que mi madre aprovecha la coyuntura para lanzarme alguna de sus lindezas, si voy sola... Necesito un hombre que me de fuerza pa-

ra que, cuando me desborden las lágrimas sepa ayudarme a contenerlas o, por lo menos, a esconderlas.

Esto último lo dice con las mejillas húmedas y la vista clavada en la mesa.

—Joder —dice dice Sonia atónita—. Pues sí que debe de estar bueno ese Willy.

—Os envidio. Mucho. A las tres —Carolina levanta la cabeza para responder a su amiga—. Os envidio y os admiro, por como sois, por la fuerza que tenéis, por lo poco que os importa lo que piensen los demás. Por quererlos como os queréis, por saber aceptaros. Yo no soy tan fuerte. Pero me estoy cansando de ser una sufridora en silencio. Así que esta fiesta va a ser el principio de una nueva Carolina. Se acabó el sentirse avasallada y menos por la egoísta de Irene. Por eso os he pedido que vinierais hoy, a pesar de que es San Esteban, para ayudarme con esto.

Sonia le coge la mano, le aprieta fuerte y con una enorme sonrisa le da la solución:

—Tengo al hombre que necesitas.

Capítulo 2

Sonia no ha querido adelantar nada a sus amigas a pesar de su insistencia. Han brindado por él y después se han ido a cada una a su casa tras hacerle prometer a Sonia que al día siguiente le dará un nombre y un teléfono. A pesar de lo que le han insistido no ha soltado prenda sobre la identidad de la persona en la que está pensando. A Sonia le gusta la fiesta y no siempre sus amigas pueden seguirla, por lo que a menudo recurre a otros amigos para salir por las noches. Guille es uno de ellos. Lo conoció un viernes, en una discoteca, más bien de madrugada y se despidieron el domingo cuando la luna ya estaba bien alta. Han coincidido varias veces más. Lo pasan bien juntos, conectan de una manera especial, pero Sonia no le sigue en todas las actividades. Hay cosas de Guille con las que no comulga y prefiere compartir solo los momentos de música, baile, copas y risas. No tiene claro por qué le vino ese nombre a la cabeza, de sopetón, cuando Carolina terminó su discurso, pero se aventuró a hacerle la promesa. Sabe que por parte de él no habrá ningún problema, siempre y cuando no tenga ya un plan previo; se lo tomará como una aventura. Sonia duda; quizá el elegido sea demasiado para Carolina. "Aunque por otro lado — reflexiona en voz alta— es el empujoncito perfecto para el cambio que quiere dar."

Al día siguiente, después de comer se recuesta en el sofá de su casa y marca el número de Guille "que sea lo que Dios quiera", piensa.

—¡Ei, guapísima! ¿Qué pasa? —Apenas ha escuchado tres tonos antes de oír la voz de Guille.

—Hola Guille ¿cómo va la Navidad? ¿Muchos eventos a la vista? —responde ella para no entrar al trapo.

—Sí, un poco de todo. Combinando familia y planes varios. ¿Te quieres apuntar a alguno?

—No. Bueno, luego me cuentas a ver si hay algo que me motive —Guille nota como ha sonreído por el tono de voz, aunque enseguida repara en que se torna un poco más serio de lo normal—. Tengo que pedirte un favor. Es algo raro, pero "el no" ya lo tengo. Además, creo que a ti te podría hacer gracia...

—Dispara, soy todo oídos.

Sonia no se ha preparado la conversación y empieza a titubear hasta que al final consigue expresarse lo suficientemente claro como para que a Guille le pique la curiosidad.

—Vale —empieza— por partes. ¿Tienes planes para el fin de semana del 27?

—Creo que de momento no —responde él intrigado.

—¡Perfecto! —Sonia hace una pausa que su amigo aprovecha.

—Te puedo asegurar que tienes toda mi atención. Nunca te había visto tan lenta al hablar, así que tiene que ser algo gordo. ¿No me estarás proponiendo

una orgía?

—¡Más quisieras!

—Sabes que sí, y más si tu participas— se ríe.

—No. Nada de eso —Sonia vuelve a tener dudas sobre la elección del hombre que ha hecho para Carolina, pero las acalla con firmeza—. Solo es que necesito que digas que sí y no sé cómo convencerte.

—Desembucha ya, que estás empezando a ponerme nervioso.

—Mira, mejor quedamos y te lo explico —a Sonia se le está ocurriendo una idea.

—Pero avánzame algo...

—No. ¿Te va bien si nos vemos en diez minutos en la cafetería de al lado de tu casa? Solo te robaré media hora.

Guille se queda callado, sopesando el ofrecimiento.

—No es nada justo, pero me mata la curiosidad. Sé puntual.

Sonia cuelga el teléfono con una sonrisa. Rápidamente marca el número de Carolina.

—¿Ya lo tienes? —Le pregunta esta con un deje de nerviosismo.

—No, todavía no. No consigo encontrarlo —le miente—. En cuanto hable con él y me de el ok, te aviso, cuenta con ello. Ahora soy yo la que llama para pedir un favor. ¿Me puedes dejar tu cazadora teja-